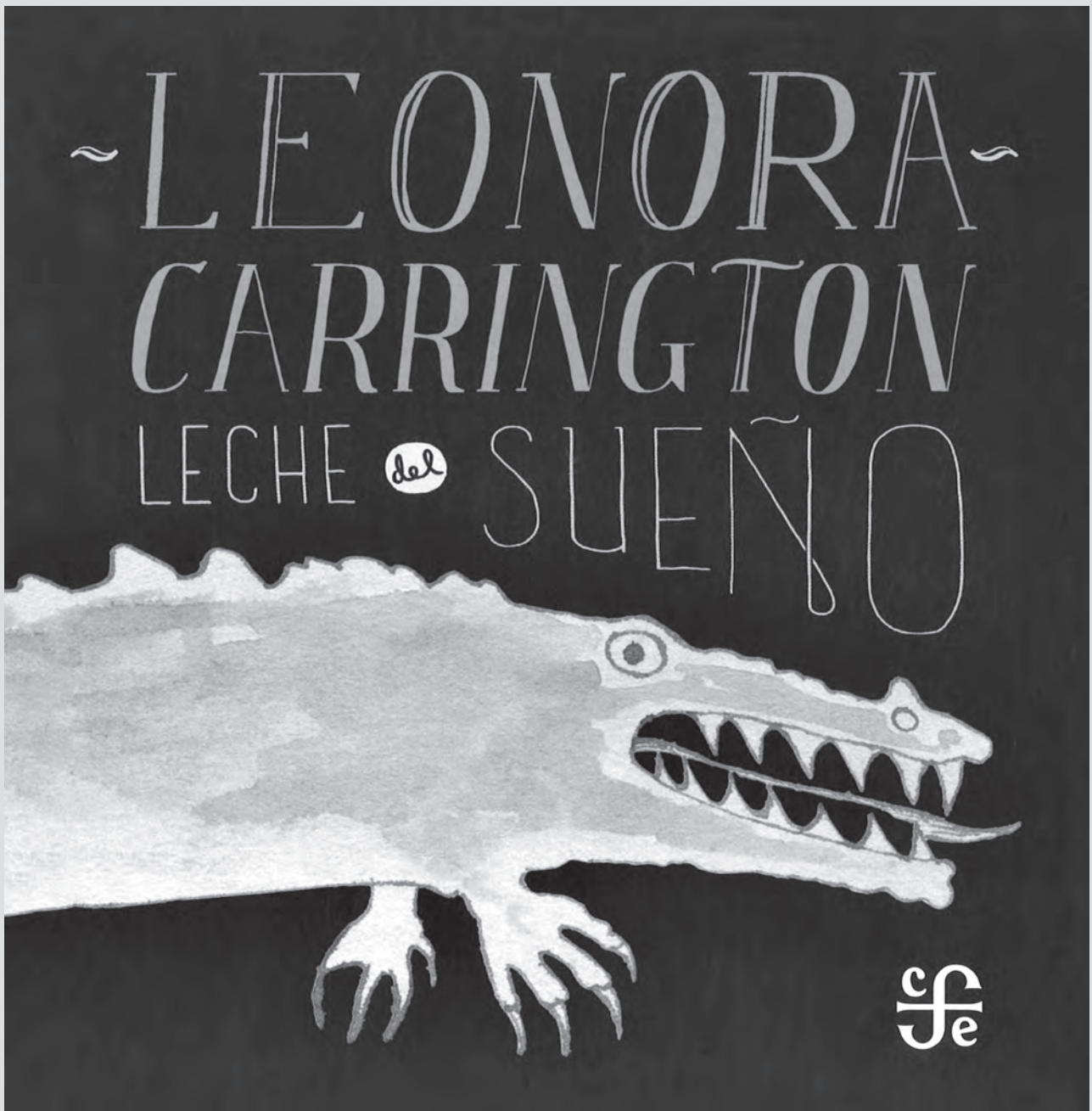


# Cuentos surrealistas



Portada de *Leche del sueño*, Leonora Carrington, México, FCE, 2013, 60 pp.

# para niños y no tan niños que quieren imaginar

Lucía Leonor Enríquez

*Leonora era así. Había siempre  
la posibilidad de aventurarse en algo.  
Lo inusitado la caracterizaba.*  
GABRIEL WEISZ

**L**OS UNIVERSOS QUE PLASMÓ LEONORA CARRINGTON en su pintura son tan seductores, que quizá por eso no nos entregamos con frecuencia a la reflexión del resto de su vasta y diversa producción. Carrington escribió cuento, novela, teatro, diseño escenografía y vestuario. Aunque siempre añoró volver a Inglaterra, Leonora era una mujer sin territorio más que el del arte y sin otra patria que no fuera la imaginación. Aquella a la que Max Ernst bautizó como la “desposada del viento” cruzó las fronteras que dividen países, atravesó géneros artísticos, desafió las imposiciones familiares y los límites de lo que la sociedad consideraba lúcido. En realidad, esta mujer no acató dogmas y absolutismos, fue una rebelde en el sentido profundo de la palabra. Habitó esos espacios otros, de cartografías que pertenecen a un orden distinto de la realidad, sin tiempo definido o de todos los tiempos, y plasmó en diversos formatos los umbrales a esas heterotopías con que nos provocó sucintamente Foucault, espacialidades que resisten las crisis

del tiempo, los derrumbes de ideologías y la consagración de “posverdades,” pues continúan invitándonos a explorarlos y habitarlos. Curiosamente, o quizás no, cuando la artista huyó de Francia a España, en su maleta había una plaquita de latón con la palabra: REVELACIÓN. Quizá esa sea la palabra que pueda definir su tránsito, su creación.

Con motivo de la conmemoración del centenario del nacimiento de la multifacética artista, el poeta y escritor Gabriel Weisz concedió una entrevista donde habló del legado de su madre. En ella, es fascinante que le dé tanta importancia al hecho de que lo haya enseñado a imaginar.<sup>1</sup> Gracias a esta remembranza de Weisz Carrington, podemos deducir que la imaginación, amén de ser una cualidad, es un trabajo, pues hay que entrenarla, ensayarla, evitar que ceda al primer impulso, a la imagen fácil, pues esa imagen es mediocre en sus posibilidades; pero la imaginación también es juego, y su riqueza yace en lo inesperado, lo fecundo. Aprender a imaginar significa entonces, ejercitar los sentidos y no aceptar eso que aparece como evidente. Una mente que imagina se libera de imposiciones, redescubre y comprende el mundo bajo resplandores otros, porque revoluciona las posibilidades, porque en los intersticios descubre caminos.

De esta capacidad de la imaginación podemos invocar la potencia fantástica que Walter Benjamin veía en el espectro creativo de los surrealistas y que yace en la posibilidad de penetrar el misterio, de acceder a un conocimiento o experiencia significativa, que sólo se podía dar a la luz del reencuentro con lo cotidiano. De la tensión entre el mundo cotidiano y el

---

<sup>1</sup> Gerardo Lammers, “Leonora Carrington: recordando a la hechicera irónica”, *Confabulario*, Abril 1, 2017, <http://confabulario.eluniversal.com.mx/leonora-carrington-recordando-a-la-hechicera-ironica/>

ejercicio imaginativo, podemos especular que surgieron las imágenes de Leonora, sus letras, los espacios, los atavíos. Pero, ¿por qué podría interesarnos el mundo cotidiano de una artista surrealista? Porque a la intimidad y al día a día pertenece particularmente el libro de Carrington que aquí nos ocupa.

En la libreta que estuvo en poder de Alejandro Jodorowsky durante dos largas décadas, Leonora plasmó las historias que leía y dibujaba a sus hijos. Esta libreta contiene apuntes, puestas en escena que disponen un terreno fértil para quien las lee. Olvídense de las historias redondas, con principio y final. Son relatos sin lógica. En este flujo de palabras e imágenes, juega la imaginación y ahí no hay lugar para las moralejas. Es un mundo de criaturas fantásticas y terribles, absurdas y nostálgicas. Es el guión con que desarrollábamos nuestros juegos infantiles, donde lo que ocurre no obedece a la causa y el efecto, donde se puede brincar de un escenario a otro y conviven todos los tiempos. *Leche del sueño* es el lugar en el que Carrington se permite escribir en español imperfecto, y en el lenguaje de los niños donde con sólo nombrarla, una cosa puede ser cualquier otra. No hay restricciones, no hay marcos de pensamiento que limiten las acciones y devenires de los quiasmos. Nada es imposible. Se enuncia lo que se piensa, lo que se siente, lo que se desea. A diferencia de otros escritos de Leonora, *Leche del Sueño* no nació con la intención de ser publicada, así que es un privilegio poder asomarnos a los íntimos dislates, las risas y desasosiegos de una familia.

Entre los personajes que desfilan en el carnaval de sueños encontramos a “Juan sin cabeza” que tiene alas en lugar de orejas, ¿qué hará su mamá para impedir el vuelo?; “El niño Jorge” que se come las paredes; “Humberto el bonito”, un niño muy antipático y grosero que tiene un cocodrilo por mascota, ¿caerá rendido el reptil ante el lindo pero malcriado chiquillo?;

“El monstruo de Chihuahua” tiene nombre de mujer y en cada una de sus seis piernas lleva un calzado diferente. Monstruosa pero por su maldad es doña Lolita Barriga, que invita carnitas podridas a los niños para que se enfermen de la panza. El retrato de la familia Bigote Bigote es digno de admirar, se distinguen porque todos son muy feos y tienen por mascota a un guajolote, y de la nada aparece un conejo que no se parece a la familia (¿acaso podríamos leer la presencia del conejo como signo innegable de que ahí ocurre magia?). En la libreta conviven pájaros que van al cine, niños que son felices a pesar de tener las cabezas pegadas en lugares singulares, zopilotes que cuajan en gelatinas, moscas sin alas, cajitas que muerden, criaturas que parecen changos y changos que sí lo son pero en bosques con agua. Destacan por sus trazos la Señorita Gómez Castillo, la máquina janzanahoria, el monstruo con su pastel negro de cumpleaños y la bella y triste dama blanca que se vistió de negro.

La rebeldía de Leonora, su capacidad de conjurar mundos, criaturas y disparates, palpita de forma potente en cada grafía de estos cuentos, en cada figura. Que su aparente sencillez, no los confunda. La REVELACIÓN grabada en la maleta con la que viajó alguna vez Leonora está presente en la libreta que ahora nos pertenece a todos, sin importar nuestra edad. Sus criaturas y trazos están armados y en ellos refulgen el humor, la inteligencia lúdica, la travesura. Como bien se advierte en el colofón de *Leche del sueño*, este tesoro no debe ser tomado a la ligera: “Leer a Leonora Carrington puede provocar que la cabeza se eche a volar. Se recomienda al lector cerrar sus ventanas siempre que abra este libro...”. Preparémonos pues para el vuelo. 